

Gabriel Magalhaes

El fado del profesor

Una tarde soleada. En una universidad lusitana, un profesor da la primera clase de literatura portuguesa a un nuevo grupo de alumnos. El maestro intenta calibrar los conocimientos de los jóvenes: “Díganme ustedes el nombre de un gran escritor ruso: el que quieren”. Silencio: trece silencios. Una chica más avispa, de mirada rutilante, se arriesga: “Alguien con un apellido terminado en *oski...*”. El profesor lo intenta otra vez: “¿Y el nombre de un gran escritor italiano?”. De nuevo, trece silencios. “¿Y un alemán?”. La chica aguda contesta: “¡Herman José!”. Herman José es un conocido humorista portugués: sale mucho en televisión y en las revistas. “Como a veces publica libros y su padre es alemán...”, explica la joven.

El profesor siente algo así como un mareo. Decide jugar por la otra banda. “Díganme ustedes el nombre de alguien que haya cambiado el mundo”. Respuesta explosiva: “¡Barack Obama!”. “Ese todavía no sabemos si ha cambiado algo”, comenta el maestro. La clase se alborota: “Entonces el otro, ¿cómo se llamaba? ¡Bush!”; “O el tío aquel de Iraq: ¡Sadam!”; “O el de Libia”. Una chica que se sienta en la última fila sugiere: “Adolf Hitler”. Se impone en el aula un silencio sorprendido: es como si se hubiese mencionado a Hammurabi.

El profesor, caminando entre los pupitres, observa a sus alumnos. Todos ellos son valiosísimos: cada uno tiene su misión en este mundo. Están llenos de virtudes,

G. MAGALHAES, escritor portugués



de posibilidades. Son horizontes humanos. La ignorancia que revelan no es culpa suya, sino sencillamente el resultado de un proceso social: con otras palabras, su ignorancia es nuestra ignorancia. Habrá que trabajar: clase a clase, intentar construir poco a poco un mínimo abecedario cultural. Todo se andará.

Ha estado recientemente en Barcelona, este profesor. Para dialogar con jóvenes universitarios catalanes: seres humanos del más alto quilate. Miradas entre soñadoras y chispeantes: de hecho, cada alumno es un hermoso paisaje. En los contactos

que el profesor mantuvo con jóvenes pedagogos, gente activa, generosa e inteligente como Jordi Pujol y José Quintano, se siente una gran preocupación ante la impresionante cabalgata de ignorancia que nos estamos montando en Occidente y que afecta sobre todo a la juventud.

¿De dónde viene esta epidemia de un analfabetismo que sabe leer y escribir, pero que ya no lee ni escribe? En primer lugar, de la llamada sociedad de la imagen. Hace décadas, todo lo que era nuevo había que elogiarlo y la tarea del intelectual consistía en encontrar el modo más sutil de adular lo inédito. Por ello, se puso por las nubes a la sociedad visual. La del cine, de la televisión, de la publicidad. Hoy en día, hemos descubierto que una cultura que vive de imágenes jamás tendrá la misma potencia intelectual de una sociedad asentada en la alquimia de la palabra escrita.

En concreto, la televisión es más nefasta en el presente de lo que la Inquisición fue en tiempos pasados. Claro que hay excepciones, ciertos canales y programas, pero por lo general la caja que cambió el mundo provoca un vacío cultural asustador. No quema libros, sino el intelecto de las personas, lo que es peor. El cerebro de alguien que lee se transforma en una fuente; el del que sólo contempla pasivamente destellos visuales, en un triste charco. La gloria de Occidente empezó con Gutenberg y terminó con la invención del mando a distancia para el televisor.

Otro motivo de este desastre mental de la actualidad es el modo como nos hemos

entregado a ese acelerador de partículas que es internet. Algo que ha transformado en un vértigo la marejada financiera del mundo, las contradanzas de la burocracia y el movimiento de los renacuajos del chismorre. Pero a la vida cultural no le ha dado más profundidad: sencillamente, todo se va convirtiendo en espuma. Y muchos jóvenes ya sólo se alimentan de palimpsestos informáticos.

Además, no se puede educar sin un claro horizonte de valores. ¿Cómo enseñar matemáticas a alguien sin el amor a la exac-

¿De dónde viene esta epidemia de un analfabetismo que sabe leer y escribir pero que ya no lee ni escribe?

ta verdad de las cosas? ¿Se puede hablar y escribir bien la propia lengua sin el sentido ético de la pulcritud? Las cosas que se enseñan a quien posee una estructura moral son como riachuelos que algún día llegarán a la mar. Por el contrario, los conocimientos que se transmiten a alguien sin formación ética tendrán tendencia a desgajarse: como esos libros mal encuadrados cuyas hojas se sueltan y se pierden.

El profesor vuelve a casa. Le apetecería musitar un fado: esa canción portuguesa desgarradora. Sobre todo porque sabe que, cuando llegue a su piso, su hija estará viendo la televisión. Habrá que sentarse en la alfombra, negociar la desconexión del monstruoso inquisidor de la vida moderna: empezar a leer con ella. Con tanta imagen, hemos regresado al tiempo de los jeroglíficos. Un poco más y cada uno de nosotros vivirá en su caverna informática dibujando bisontes con un lápiz virtual, de esos que sirven para firmar los recibos de las tarjetas de crédito. En Portugal, casi no ha llovido este invierno: monotonías desérticas tras los cristales.●

José Ignacio González Faus

Crear esclavitud

Hay cosas en este mundo más importantes que Dios, que un hombre no escupa sangre *pa* que otros vivan mejor”. Hace 40 años cité esos versos de Atahualpa Yupanki comentando que, para un cristiano, esas no son palabras ateas. Son el resumen de la forma como Dios se nos ha revelado en Jesucristo. Hoy, malherido por recortes y tijeretazos, quisiera retomar esos versos. No sé cómo ni cuándo saldremos de la crisis. Hasta ahora todo lo que se nos dice o hace se resume así: “Los ricos han estado viviendo por encima de sus posibilidades financieras y por eso ahora toca a los pobres vivir por debajo de sus posibilidades humanas”. Por eso, en Grecia hay niños que se desmayan de hambre en clase, en España los jóvenes son obligados a emigrar y nada digamos de Etiopía, Mozambique y demás. Hay dinero para optar a la Olimpiada, para la F-1 o el monumento a los castellers, pero no para evitar que un ciudadano retrase diez meses una operación urgente.

No son cifras: son seres humanos con necesidades como las mías, sentimientos como los míos, posibilidades como las mías y dolores muy superiores a los míos que, además, se ven ninguneados y despreciados como si la culpa fuera suya. El decálogo del Dios bíblico mandaba no matar; en el decálogo del dios Capital el quinto mandamien-

to parece ser “bendecir al que te asesina”.

No quisiera ensañarme con políticos y economistas, aunque sorprende que, si coinciden en que “para crear empleo hay que reactivar la economía”, luego tomen medidas tendentes a desactivarla. Comprendo que no sepan cómo actuar porque nuestra situación es tan nueva como la de los días en que acababa de aparecer el sida: enfermedad desconocida que necesitaba mucha investigación y de la que sólo se sabía que era consecuencia de una *burbuja* o desmadre drogosexual, que se propagaba casi a la velocidad de la luz y que quienes más la iban a pagar serían los pobres. Hablando del sida, sospecho que nuestros gobernantes celebraron dos orgías sin preservativos que nos han traído el actual síndrome de inmunodeficiencia económica: la creación precipitada del euro (¡hay que leer lo que se decía entonces!), y usar el dinero del ciudadano para socorrer a los bancos, convirtiendo la deuda privada en pública...

Comprendo que nuestros gobiernos “vivan en el lío”, como dijo Rajoy, aunque crea muy criticable el contraste entre su prepotencia cuando era oposición (“Váyase usted, que esto lo arreglo yo...”; “no se escude en Europa”) y su modestia cuando gobierna, arrodillándose ante Europa y afrontando profecías de paro y decrecimiento tan malas o peores que las anteriores. O el con-

traste del otro, reclamando “soberanía para el pueblo catalán” para luego (ante decisiones muy serias que afectaban a ese pueblo), tomar las decisiones él solo sin consultar al pueblo: “Todo contra el pueblo pero sin el pueblo”, parece ser la nueva Ilustración.

Comprendo con la perplejidad de los políticos, tienen claro a quién favorecer, aunque duden de cómo hacerlo: favorecer al capital frente al trabajo. Rajoy, pronosti-

Los políticos tienen claro a quién favorecer, aunque duden de cómo hacerlo: al capital frente al trabajo

cándose una huelga general, y Guindos, asegurando una reforma laboral “muy agresiva”, dejaron claro que preparaban una agresión del capital al trabajo, que no desaparece aunque la reforma tenga medidas aceptables. Se acabó el “gobernar para todos”: se gobierna para el capital insaciable y se disimula hablando de “crear empleo” cuando se pretende crear esclavitud. La esclavitud siempre fue necesaria para que unos pocos vivan bien y fue un error de cristianismos y humanismos empeñarse en suprimirla.

Pero si las reformas son agresiones del capital al trabajo no es sólo porque sus autores piensen así, sino porque vivimos en un sistema montado sobre una agresión de ese tipo. Si el banco me presta un dinero y no se lo devuelvo, tiene derecho a quedarse con lo mío y a seguirme exigiendo más. Los que dejaron su dinero en una caja o en un banco y no se lo han devuelto no tienen derecho a nada. Si esto no es una agresión, que venga Dios y lo vea. O: hablar de salario “justo” es burda incoherencia, porque lo que necesita el capital son salarios lo más bajos posible y que logren mantenerse así por miedo a perder esos céntimos. “La Iglesia enseña la prioridad del trabajo frente al capital...: el trabajo siempre es una causa eficiente primaria, mientras el capital es sólo un instrumento” (Juan Pablo II). Pero esto es sólo desde una idea de Dios que ni los obispos comparten. Visto desde Wall Street, el trabajador sólo es una herramienta. Y las herramientas no tienen dignidad.

Me tacharán de ignorante o analfabeto económico. Pero... tuve una hermana gemela que murió de cáncer por un claro fallo médico. Al comunicarle el diagnóstico fatal, se limitó a exclamar: “Yo no sabré medicina, pero cuando digo que algo me duele es porque me duele; y al médico no le dolía”. Temo que a nuestros médicos económicos tampoco les duela.●